

OFICIOS DEL AGUA: EL MUÑIDOR

Gregorio Rabal Saura

RESUMEN

Las páginas que siguen a continuación describen las funciones desempeñadas por un muñidor, trabajador encargado de repartir el agua en los regadíos situados entre los municipios de Fuente Álamo y Torre Pacheco. Se trata de una breve historia de vida narrada por uno de esos repartidores del agua.

ABSTRACT

The pages that follow describe the functions carried out by a «muñidor», worker in charge of sharing out the water in the irrigated land of villages as Fuente Álamo and Torre Pacheco. It is a brief real life story narrated by one of those men who did the sharing out of water.

Las notas que siguen a continuación sobre el oficio de muñidor, tienen algo de descripción etnográfica y mucho de vivencia personal, de recorrido nostálgico por la memoria de Juan Saura Núñez, *muñidor*¹ que durante más de tres décadas, repartió de día y de noche, ese bien tan escaso y preciado que es el agua. Escudriñando en

1 El Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) define muñidor como «persona que gestiona activamente para concertar tratos o intrigas, o con cualquier otro fin semejante» Una segunda acepción, la más antigua, recogida por los diccionarios históricos, indica que se trata de un «criado de cofradía, que sirve para avisar a los hermanos las fiestas, entierros y otros ejercicios a que deben concurrir». Así también en Sebastián de Covarrubias (2003: 820).

En los vocabularios murcianos, la única referencia de muñidor como repartidor del agua, la encontramos en Ruíz Marín (2000: 446): «en los riegos de Totana, persona que organiza la distribución de agua a los regantes».

su memoria, nos traslada a un paisaje entrañable, lejano ya en el tiempo y al mismo tiempo próximo y familiar en nuestro recuerdo. Por ese escenario deambulan, marcando los ritmos diarios con una regularidad y precisión casi matemáticas, algunos de los personajes cotidianos imprescindibles en aquel mundo rural: el recovero, el pescadero, el panadero, el quincallero..., y también el muñidor.

Juan, buen narrador, claro en su exposición como el agua que repartía, y con la experiencia de los años vividos, nos cuenta en que consistió su trabajo y a través de sus palabras percibimos el orgullo que siente al recordarlo, el respeto y la consideración ganadas entre las gentes del medio rural.

Se inició en el oficio siendo niño, ayudando a su padre que durante años había gestionado el agua de las tierras del marqués de Corverica. Posteriormente, continuó trabajando como encargado de los sistemas de extracción de los pozos que se perforaron por entonces en esa finca. Ejerció como muñidor en la empresa de Los Celdranes², familia originaria de La Unión, propietarios de tierras en el municipio de Fuente Álamo, así como del agua que fluía bajo ellas.

Él formó parte de un grupo de repartidores del agua encargados de su distribución en las tierras de regadío existentes entre la localidad de Balsapintada, perteneciente al municipio de Fuente Álamo, y la población de El Jimenado y sus caseríos próximos (Los Rocas, La Pedrera, entre otros), del municipio de Torre Pacheco³. En ese tramo ejercían su labor tres muñidores; uno de ellos se encargaba del reparto del agua en Balsapintada y los otros dos desde la citada localidad hasta El Jimenado, realizaban su trabajo en turnos de veinticuatro horas, a los que seguía un periodo de descanso de igual duración. Parte de la jornada laboral transcurría de noche acompañando a los regantes, con frío en invierno, concediendo alguna hora al sueño allí donde podían encontrar algo de cobijo. Juan, en el desempeño de su labor fue compañero de las rondas nocturnas que la Guardia Civil realizaba por el medio rural; testigo mudo del paso de algún o alguna vecina, que bajo la supuesta y, en todo caso, piadosa excusa de la promesa, deambulaba por los caminos ocultando su identidad bajo el disfraz de fantasma; espectador aterrado del movimiento de algún que otro cuerpo celeste.

El cambio de turno consistía en entregar, al compañero que entraba, la lista de regantes y la hora a la que habían comenzado los que en ese momento «*tenían el agua*».

2 Esta era una de las tres empresas que por aquel entonces explotaban los acuíferos de este sector del Campo de Cartagena. El recorrido de las tres acequias era casi paralelo, y dos de ellas discurrían bordeando, a ambos lados, el cauce de la rambla de Fuente Álamo. Estos cauces de propietarios distintos, suministraban el agua a los regadíos de Casa Grande, El Estrecho de Fuente Álamo, las Casas Nuevas, Lobosillo y sus alrededores.

3 El fin del recorrido se encontraba en El Jimenado. Allí estaban los últimos regantes de esta conducción, el último de los cuales debía comunicar las horas de agua que necesitaba, teniendo en cuenta que «de Balsapintada al Jimenado eran doce horas lo que gastaba el agua en ir».

Las aguas que regaban las tierras de este sector del Campo de Cartagena discurrían de forma casi permanente por un canal, a tramos subterráneo y descubierto en otros, que recibía el nombre de «la acequia», cequia, cieca⁴, o también acequia de Los Celdranes. Esta canalización constituía un elemento destacado del paisaje y un referente esencial para los habitantes de los caseríos por los que discurría. Era el centro neurálgico de la reunión de mujeres conciliada por la necesidad de acudir a lavar y enjuagar la ropa⁵; espacio de diversión donde los niños pasaban las mañanas y tardes del verano bañándose, jugando y explorando las galerías subterráneas, o persiguiendo a los peces de colores que en manadas surcaban las aguas de aquel caudaloso e infinito río, al menos eso nos parecía entonces. Todo ello a la sombra de olivos, garroferos y granados que, a modo de galería, cubrían los tramos en los que el cauce estaba descubierto. Paisaje de luces y sombras, rumores del agua y del viento entre las hojas de los árboles y de las cañas.

El caudal que transportaba la acequia cubría no sólo las necesidades de los cultivos, sino también las de la ganadería de la zona, pues a ella acudían también los pastores a saciar la sed de sus rebaños. El muñidor no podía negarse a ello, «¿le iba a prohibir a to esa gente que le diera agua a los ganaos?», nos dice.

De su caudal se llenaban los aljibes y depósitos destinados a los animales: «*En aquellos tiempos había tíos que tenían cuadras de animales, pos no les iba a llenar la poza, pos claro llenaba la poza. Tos tenían chinos, tenían animales...Entonces no había agua, y pozos, pocos. Si gastaba treinta o sesenta minutos me los pagaba el hombre. «No gastes tiempo en eso», me decía el encargao. «¿Por qué no? ¿Este no tiene derecho a vivir?»...cuando me decía eso me daba pesambre⁶ «¿No le vas a dar agua? ¿No va a vivir na mas que el grande?» Pasaba la boquera por al lao del patio ¿no iba a llenar la aljibe?...pos hasta arriba»*

El agua que transportaba procedía de dos acuíferos distantes entre sí varios kilómetros: el más lejano conocido como Los Trébedes (próximo a Las Palas) y los pozos perforados entre Balsapintada y Fuente Álamo, en el lugar conocido como la Cañá Zafra. Ambos caudales confluían en una balsa de regulación y almacenamiento desde donde iniciaban su recorrido en dirección este, salvando los desniveles de lomas y pequeñas vaguadas, mediante galerías subterráneas, sifones y pequeños puentes, adaptándose al terreno sin obstaculizar el recorrido del agua de lluvia, las llamadas *aguas turbias*, respetando sus dominios y sus pasos. De los dos caudales, el procedente de Los Trébedes resultaba especialmente importante, pues de él se

4 El DRAE registra las tres formas. La forma cieca es propia de Andalucía, Aragón y Murcia (DRAE, 2001: 549). Amplia referencia sobre el término acequia en Murcia en Ruiz Marín (2000: 11).

5 Las aguas de Los Trébedes llegaban a Fuente Álamo en el lugar donde estaba instalado el lavadero. En Balsapintada el cauce se dividía en dos, destinando uno de sus ramales a lavadero, el lavador como se sigue llamando a ese espacio. Al paso por todos los caseríos se habilitaba un lateral del cauce con varias piedras de pizarra dispuestas de forma inclinada donde lavaban las mujeres.

6 «Pesar, trabajo, disgusto». También «enfado» (Ruiz Marín, 2000: 508).

abastecía la población de Fuente Álamo a través de varias fuentes públicas. El reparto casa por casa lo llevaba a cabo Paco el Aguaor con su carro cargado de cántaros y tirado por una burra. Se abastecía en el aljibón de Corverica, hoy convertido en sede del museo del agua de Fuente Álamo, y en la toma que abastecía el lavadero de la localidad.

El origen de esta infraestructura hidráulica traspasa la memoria de nuestro personaje, quien nos dice que siempre la conoció igual. *«Eso son obras viejas...to eso es viejo», «cuando Dios vino al mundo estaba eso hecho ya...to los cauces, to esas boqueras, eran toas viejas».*

En un primer momento se desplazaba en bicicleta, posteriormente en moto, y como exigua impedimenta llevaba una azada *«por si tenía que volver algún portillo o un tapón que había que quitarlo, había tapones de esos de madera pa ponerlos, y una miaja de comida. Na más».* Para el control de las horas de agua repartida, el imprescindible reloj de bolsillo y otro de pulsera; un lápiz, una libreta y su memoria.

Las **funciones** del muñidor consistían básicamente en establecer y hacer cumplir el orden de riego fijado previamente en una tanda, elaborada a partir de la reserva de agua que los regantes realizaban cada domingo en uno de los bares de la localidad de Balsapintada y a la que Juan llama «subasta», aunque ni en el fondo, ni en la forma lo fuese, al menos como las que se realizaban antiguamente en ésta y en otras localidades de la zona. Solían acudir además de los muñidores, el encargado y alguno de los propietarios del agua, quienes instalados en una mesa iban recibiendo las peticiones de los agricultores a los que se les adjudicaba el día y la hora de riego. Una vez concluidas las demandas, los muñidores recibían, de manos del encargado y/o de los jefes *«la lista de las horas de agua que había, (y) nosotros ya salíamos repartiendo el agua de Balsapintada al Jimenao...el encargo nos daba las listas y todo eso, y ya nosotros nos encargábamos del trabajo de repartir el agua».* El objetivo consistía en desarrollar la tanda de riego de forma ordenada, sin dilaciones ni interrupciones, cumpliendo escrupulosamente el orden de riego. En general, los regantes, concededores del sistema y conformes con esas normas, lo aceptaban facilitando así la labor de los muñidores. Sin embargo, *«teníamos discusiones y cosas yendo la cosa bien,...porque querían regar, que se pasara la tanda a otro, y eso nosotros no podíamos hacerlo.»*, poniendo así de manifiesto la importancia de la labor ejercida y el papel jugado por los muñidores para evitar conflictos y situaciones difíciles: *«En aquellos tiempos, si no había muñidor no se podía, no se podían entender. Entonces tenía que haber un tío pa repartirla, si no no se entendían...entonces...luego a luego se mataban si no hubiera sio por eso. En la empresa que estaba yo, si no hubiera sio porque estábamos nosotros, ahí se mataban a chorro».* El desacuerdo con el orden de riego asignado, con la cantidad de agua que discurría por las boqueras, etc., fue motivo para que en alguna que otra ocasión tuviera que intervenir la Guardia Civil.

Era responsable de cobrar el agua a cada uno de los regantes y de entregar al encargado el dinero recaudado, operación que se realizaba los sábados por la noche. Si algún regante se retrasaba en el pago, el muñidor debía anticipar de su bolsillo la cantidad impagada, recuperándola cuando el regante hubiera satisfecho su deuda. Si se demoraba en exceso sin motivos plenamente justificados, no se le daba agua. Respondía con su pecunio de las horas de agua que salían de la balsa, de ahí el interés y al mismo tiempo la necesidad de que nadie se retrasara en el pago. No obstante, sabedor de la fragilidad de muchas de las economías campesinas, cuando alguien no podía pagarle, adelantaba él el dinero, aunque su situación económica no fuese muy diferente a aquellos a los que ayudaba.

Durante los periodos de lluvia «*se cortaba el agua*» y los muñidores dejaban por unos días de tener trabajo. Se ocupaban entonces, junto a trabajadores contratados al efecto, de limpiar y restaurar el cauce. La limpieza consistía en la retirada de *ovas*⁷, del fango y demás suciedad acumulada en el fondo.

Ponía en marcha los sistemas de extracción para tener la balsa siempre llena. Se trataban de motores eléctricos que en muchas ocasiones fallaban y «*se quemaban al arrancarlos, se les pegaba fuego...porque las bombas se quemaban y al quemarse la bomba, aquello se encendía tó*», ocasionando apagones en Fuente Álamo y otras localidades próximas, anécdota que cuenta en tono jocoso, recordando al mismo tiempo el riesgo que para su integridad física suponía tal operación.

Los tramos subterráneos se revisaban periódicamente, especialmente cuando se detectaba la reducción del caudal, que solía coincidir con la obstrucción del cauce debido al desprendimiento de tierra o de alguna piedra del techo de las galerías. En el caso del tramo entre Los Trébedes y Fuente Álamo, de varios kilómetros de longitud y totalmente subterráneo, Juan nos dice que «*nos metimos un día a revisar la acequia por bajo tierra y fuimos a salir por allá, por los motores. Te tirabas pa llegar a allá un par de horas. Nos metíamos tres o cuatro y te llegaba el agua por la cintura...estaba atrancá a lo mejor, y nos metíamos a eso, a quitar el atranque...que se caía del techo algún témpano y la dejaba cortá...*» En ese caso, se hacían acompañar por dos operarios que desde la superficie y en los respiraderos llamados lumbreras⁸, controlaban la situación de los compañeros que iban por debajo. Tocaban con una piedra o con un palo y preguntaban por dónde iban, confirmando que se encontraban bien y que todo discurría con normalidad.

Avisaban a los regantes, acudiendo a su casa, «*fuera la hora que fuera. Ahí no teníamos horas. A la hora que le tocaba al tío, yo iba con tiempo (y) decía «A tal*

7 Se trata de un tipo de «alga verde, cuyo tallo está dividido en filamentos, cintas o láminas, y que se cría en el mar o en los ríos y estanques, flotante en el agua o fija al fondo» (DRAE, 2001: 1640).

8 Entre otras acepciones, es la «abertura, tronera o caño que desde el techo de una habitación, o desde la bóveda de una galería, comunica con el exterior y proporciona luz o ventilación» (DRAE, 2001: 1403). Alguno de los vocabularios murcianos vinculan el término con el mundo del agua, definiéndolo como «parte cimbrada o cubierta de un cauce de riego» (Ruiz Marín, 2000: 380).

hora vaya usted al portillo que tiene el agua». El aviso se realizaba con el tiempo suficiente para que el regante anterior concluyera su turno y el siguiente se desplazara al lugar donde estaba el portillo. Normalmente ese tiempo era de una media hora dependiendo de la distancia entre el domicilio y la acequia. Allí, en el portillo, el muñidor partía el agua, dejando que el resto del caudal siguiera su curso.⁹ A partir de ahí, la responsabilidad sobre el agua recaía en el regante. Si este no acudía a la hora convenida, perdía su turno y el agua pasaba al regante siguiente, no pudiendo regar hasta que no volvía nuevamente la tanda.

Sin aparato de medición alguno, el muñidor calculaba el caudal destinado a cada regante, para lo cual se ayudaba de señales y marcas realizadas en el muro de la acequia. Una púa clavada o una muesca en el muro eran la señal que tenían en cada portillo. El caudal adecuado era aquel en el que coincidía la altura del agua con la señal fijada. En todas las salidas de agua, en los portillos, tenían esas señales. Cálculo aproximado que equivalía a unos sesenta metros cúbicos por hora. «*Y ahí llevábamos nuestras señales, y no fallaban, no. Vinieron muchos a cubicarme y me decían: «Hay que ver, dice, (que) no te varías ni un pelo»*», en alusión a la exactitud mostrada en sus mediciones.

También advertía a los regantes de la conveniencia o necesidad de revisar las boqueras, mantenerlas limpias de hierbas y recrecidas de tierra para que el agua fluyera con rapidez y no hubiera obstáculos que pudieran provocar estancamientos y pérdidas a lo largo del recorrido. Hay que tener en cuenta que estas boqueras de tierra alcanzaban en ocasiones varios kilómetros de longitud, por ellas discurría el agua durante varios días para regar explotaciones de gran superficie, por lo que en su recorrido podían sufrir innumerables pérdidas, de ahí la importancia de mantenerlas limpias. Los bordes de algunas de ellas estaban ocupados por inmensos cañares cuyas cañas, aprovechadas para multitud de aplicaciones, solían entorpecer el paso del agua.

Se regaba *a portillo vuelto, a pará, a toa tierra, o a boquera*, dependiendo del tipo de cultivo. Todas ellas, son formas locales de riego tradicional conocido como riego por inundación. Generalmente era el cabeza de familia el que se ocupaba de estas labores, pero en aquellos casos en los que la explotación era de reducidas dimensiones, la mujer e incluso los hijos, eran los encargados de regar mientras el

⁹ En verano, época de gran demanda para atender los cultivos de temporada como el melón, el pimiento, el algodón, o el tomate, la acequia transportaba el máximo caudal posible: «a Balsapintá llegaban cinco cequias, iban cuatro p'allá, p'adelante y una que se quedaba...regando ahí», alrededor de 300 m³ por hora, a razón de sesenta metros cúbicos por hora y por boquera. Con ello, se intentaba atender las «apreturas» de agua de los regantes, y había que echar las boqueras que podían hasta alcanzar la capacidad máxima del cauce.

hombre estaba trabajando¹⁰. Bajo las mismas circunstancias, acudían algunas mujeres a reservar o a pagar el agua.

Este sistema estaba basado en una estructura jerárquica de relaciones en la cual el muñidor era el intermediario entre los regantes y los propietarios del agua, con un encargado general que servía de nexo de unión entre estos y los muñidores. Como depositario de tan preciado bien, debía gestionarlo de forma adecuada en primer lugar para acrecentar el patrimonio de sus propietarios, para los que trabajaba, pero sin olvidar que como trabajador se encontraba más cerca de los regantes, muchos de los cuales en aquel momento necesitaban el agua para la pequeña parcela, generalmente explotada en régimen de aparcería o arrendamiento en especie, donde cultivaban hortalizas y verduras con las que complementar las rentas familiares cuya principal fuente de recursos era el salario del cabeza de familia.

En ese sistema de relaciones, principios como el respeto, la confianza mutua, el valor de la palabra dada, constituían la base de las relaciones entre hombres. Confianza de los dueños hacia él, «*más que los regantes*». Confianza de él hacia los regantes a los que conocía personalmente, sabía de sus situaciones personales y familiares y sabía que no le iban a fallar, porque en el mundo en el que se desenvolvía «*la palabra de un hombre...era una escritura*», por eso «*antes los hombres se entendían, (la palabra) era una escritura. Tu me decías a mi una cosa y aquello iba a misa...*» Por eso se jacta de que nadie dejó nunca de pagarle, todo el mundo le respetaba y podía proclamar con orgullo su intachable honradez en el trabajo desempeñado. El muñidor debía hacer valer sus decisiones, debía hacerse respetar manteniendo una conducta libre de sospecha, de forma que nadie se sintiera perjudicado, aunque algunos le acusaran de favorecer siempre a sus jefes.

El agotamiento de los acuíferos, los cambios en los sistemas de regadío con la progresiva sustitución del regadío tradicional por inundación, por sistemas de riego localizado, la proliferación de otros pozos en la zona como respuesta a la creciente demanda de recursos hídricos en una situación de expansión de nuevos cultivos explotados en régimen intensivo, hizo que el sistema fuese decayendo progresivamente. En primer lugar, se redujo su área de influencia, quedando en los últimos momentos limitada a las tierras próximas a Balsapintada, cuyas demandas de riego eran atendidas por un solo muñidor. Al poco tiempo, el agua dejó de fluir y la acequia fue quedando cubierta por toneladas de olvido. Juan no conoció esos momentos, pues algunos años antes y de forma anticipada, había alcanzado la jubilación. Tal vez por eso su narración esté cargada de vida pues no transmite la languidez, la decadencia que el paso del tiempo va impregnando en las cosas hasta hacerlas desaparecer.

10 Esta situación era características de muchas explotaciones de la zona, especialmente en El Jimenado. «*Ahí en Los Rocas y to eso, la mujer que tenía a lo mejor dos parás de alfalfa y estaba el tío trabajando, regaba la tía, claro ¿por qué no?...en La Pedrera, en Los Rocas eran to riegos chicos, ellas tenían las dos paraicas de alfalfa, y el hombre estaba trabajando, pos las regaba ella*».

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- COVARRUBIAS, S. 2003. Tesoro de la Lengua Castellana o Española. Barcelona: Alta Fulla.
- Diccionario de la Lengua Española. 2001. Madrid: Real Academia Española.
- RUIZ MARÍN, D. 2000. Vocabulario de las Hablas Murcianas. El español hablado en Murcia. Murcia: Consejería de Presidencia.